

Crónicas de Lakeshore 9

SUSAN WIGGS

SUEÑOS DE VERANO



La vida de Sonnet Romano era casi perfecta. Tenía una magnífica carrera profesional y un novio perfecto, y acababan de ofrecerle una beca muy prestigiosa. No había nada más que pudiera desear, salvo tal vez... ¿un hermanito? Cuando Sonnet se enteró de que su madre estaba embarazada, y de que su embarazo era de riesgo, lo dejó todo en suspenso: el trabajo, la beca, la relación con su novio... y se marchó a Avalon, su pueblo natal. Cuando su madre estuviera fuera de peligro, recuperaría su vida en el punto donde la había dejado.

Sin embargo, su madre recibió un diagnóstico adverso, y Sonnet debió decidir lo que verdaderamente tenía importancia. Se quedó en Avalon y aceptó un puesto de trabajo junto al hombre con el que había cometido su error más grande, y tal vez también el más dulce: Zach Alger, un director de cine. A Sonnet la esperaba un verano lleno de alegría y de lágrimas, de nostalgia y de posibilidades nuevas, durante el cual iba a encontrar el verdadero lugar de su corazón.

A yohagopesto de laqueescribeenlaplaya.

Primera parte

LISTA DE OBJETIVOS PARA ANTES DE LOS TREINTA AÑOS DE SONNET ROMANO:

- √ *Licenciatura*
- √ *Beca en el extranjero*
- √ *Recuperar relación con mi padre*
- √ *Encontrar un apartamento mejor*
- ⊗ *Enamorarme*

Un Scout nunca se lleva una sorpresa; sabe exactamente lo que tiene que hacer cuando ocurre algo inesperado.

ROBERT BADEN-POWELL,
Escultismo para muchachos, 1908.

Capítulo 1

UN MOMENTO antes de que empezara la boda, Sonnet Romano se estremeció de nerviosismo.

—Mamá —dijo mientras se acercaba a la ventana, que enmarcaba la vista del lago Willow—, ¿y si lo fastidio todo?

Su madre se volvió desde la ventana. La luz del atardecer envolvía la silueta esbelta de Nina Bellamy, y por un momento, pareció tan etérea y tan joven como Sonnet. Nina estaba maravillosa con su traje de seda dorada y con el pelo recogido en un moño bajo. Solo alguien que la conociera tan bien como Sonnet notaría las finas arrugas de fatiga que tenía alrededor de los ojos y de la boca, la vaga hinchazón de su piel. Justo antes de la boda había ido a Albany, al funeral de su tía favorita, que había muerto de cáncer hacía una semana. Aquel breve adiós todavía se le reflejaba en la cara.

—No vas a fastidiar nada —le dijo a Sonnet—. Vas a hacerlo muy bien. Estás muy guapa con ese vestido, te has aprendido de memoria lo que vas a hacer y lo que vas a decir, y va a resultar una noche fantástica.

—Sí, pero...

—Acuérdate de lo que te decía cuando eras pequeña: «Tu sonrisa es el sol para mí».

—Me acuerdo —dijo Sonnet. El recuerdo hizo su efecto, y le puso una sonrisa en los labios. Su madre había criado sola a Sonnet, pero esta solo se había dado cuenta de lo duro que había sido para Nina cuando se había hecho adulta—. Me has regalado un montón de recuerdos, mamá.

—Ven aquí, nena —le dijo Nina, y Sonnet se dejó abrazar por su madre.

—Esto es muy agradable. Ojalá pudiera venir por aquí más a menudo.

Sonnet volvió la cara hacia la brisa cálida que entraba por la ventana. La pura belleza del lago, que estaba situado entre las suaves colinas de Catskills, la conmovió. Aunque se había criado allí, en Avalon, el pueblo le resultaba ajeno en aquel momento. Era el mundo en el que había habitado una vez, pero estaba impaciente por marcharse.

Pese a que tenía muchos recuerdos de su infancia, jugando en el bosque con sus amigos, o tirándose en trineo por las laderas nevadas en invierno, nunca había admirado de verdad el paisaje hasta que se había ido a buscar una vida lejos de allí. Y ahora que vivía en Manhattan, en un diminuto apartamento en una calle ruidosa del East Side, comprendía por fin el atractivo de su ciudad natal.

—Sí, a mí también me gustaría mucho —dijo Nina—. Salvar el mundo es una tarea que lleva mucho tiempo, ¿verdad?

Sonnet se echó a reír.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Salvar el mundo?

—Pues sí. Cariño, yo me siento muy orgullosa cuando le digo a la gente que trabajas en la Unesco y que tu departamento salva la vida de muchos niños por todo el mundo.

—Gracias, mamá. Vas a conseguir que piense que hago algo más que escribir correos electrónicos y rellenar formularios —dijo Sonnet. A menudo, deseaba poder trabajar de verdad con niños en lugar de realizar tareas administrativas.

Abajo, en la pradera de césped, los invitados estaban empezando a ocupar sus sitios para la ceremonia. Muchos de los amigos del novio llevaban uniforme militar, y eso añadía una nota solemne al ambiente.

—Vaya —dijo Sonnet—. Va a suceder de verdad, mamá. Por fin.

—Sí —dijo Nina—. Por fin.

Se oyeron unos gritos en la sala contigua, donde se estaba preparando el resto del cortejo de la novia.

—Daisy va a ser la novia más guapa que haya habido nunca —dijo Sonnet con emoción.

La novia era la mejor amiga de Sonnet, además de su hermanastra, y estaba a punto de casarse con el amor de su vida. A Sonnet le parecía que aquello era un sueño hecho realidad... pero también, en parte, le provocaba una sensación de pérdida. A partir de aquel momento, sería otra persona la que conociera los secretos más íntimos de Daisy, la que le sirviera de apoyo en los momentos más difíciles, la que estuviera al otro lado de la línea de teléfono en mitad de la noche.

—Hasta que te toque a ti —dijo Nina—. Entonces, tú serás la novia más guapa que haya habido nunca.

Sonnet le apretó la mano a su madre.

—No te hagas demasiadas ilusiones. Yo estoy muy ocupada salvando el mundo, ¿no te acuerdas?

—Bueno, lo mejor será que no estés siempre tan ocupada como para que se te olvide enamorarte —le dijo Nina.

Sonnet volvió a reírse.

—Creo que vas a tener que bordarme eso en la almohada. ¿Qué te parece si...? Vaya...

De repente, se le quedó la mente en blanco. Había visto al amigo más alto del novio, que iba acompañando a la abuela de la novia hasta su asiento de la primera fila.

Llevaba un esmoquin de color gris oscuro, y se movía con elegancia, aunque lo más llamativo de todo era su pelo, largo y rubio, tan rubio y pálido que parecía una bandera de rendición, y que le confería el aspecto de una criatura mitológica. Sonnet no podía apartar los ojos de él.

—Caramba —dijo—. ¿Ese es...?

—Sí —respondió su madre—. Zach Alger.

—Vaya, vaya.

—Se ha convertido en un adulto muy atractivo, ¿verdad? —comentó Nina—. Se me había olvidado que llevabas mucho tiempo sin verlo. Antes estabais siempre juntos.

Zach Alger. No, no era posible, pensó Sonnet, que se asomó por la ventana para mirarlo. Aquel no podía ser el Zach Alger con el que ella había crecido, el niño pálido que vivía en su misma calle, que tenía las orejas muy grandes y llevaba aparato de ortodoncia. Su mejor amigo del instituto, y el chico delgaducho que trabajaba en la Pastelería Sky River. No podía ser el mismo estudiante obsesionado con la tecnología y las cámaras, y todo lo relacionado con las grabaciones de vídeo.

Zach Alger. Bueno, bueno. Desde el instituto, Zach y ella habían seguido caminos diferentes, y hacía mucho tiempo que no se veían, pero ahora no podía dejar de mirarlo.

Después de ayudar a la abuela de Daisy a que se sentara, él se sacó una petaca del bolsillo del esmoquin y le dio un trago. Exacto, pensó Sonnet. Aquel era el Zach a quien ella conocía, un tipo con más talento que ambición, un chico con un pasado lleno de dificultades del que parecía que no podía escapar, una persona que formaba parte de su pasado, pero que no tenía sitio en su futuro.

Oyó movimientos en la habitación contigua, y recordó que tenía un trabajo muy importante que hacer aquel día. Miró a Daisy a través del hueco de la puerta; su hermanastra estaba rodeada por la peluquera, la maquilladora, la planificadora de la boda, por su madre, Sophie, por el fotógrafo y por varias personas más a quienes ella no conocía.

—¿Qué te parece si vamos a ayudar a Daisy a casarse? —le preguntó a su madre.

Nina sonrió.

—Ella no se atrevería a dar ni un paso sin ti.

—Ni sin ti. De verdad, cuando te casaste con su padre, a Daisy le tocó el premio gordo en cuanto a madrastras se refiere.

La sonrisa de Nina se volvió más suave, y sus ojos oscuros adoptaron una expresión que hizo que Sonnet volviera muchos años atrás, cuando estaban las dos solas y tenían

que abrirse camino en el mundo. Nina había afrontado con valentía su embarazo adolescente y había forjado una vida maravillosa para Sonnet y para ella misma. Después, se había casado, sí, inesperadamente, pero los días en que habían estado solas contra el mundo les pertenecían solo a ellas dos.

—No irás a ponerte sentimental, ¿no? —le preguntó Sonnet.

—Sí, nena, sí. Y espera a que tú seas la novia. Voy a necesitar un masaje cardíaco.

—No, mamá. Claro que no. Tú estarás a la altura, como siempre.

Nina la tomó nuevamente de la mano, y juntas, atravesaron la puerta.

Capítulo 2

LA BODA transcurrió como un desfile ruidoso que se fue apagando poco a poco en la distancia. Al final, se convirtió en algo como el silencio tras el paso de una tormenta. Sonnet se quedó en la pradera de césped que había junto al pabellón de Camp Kioga, observando con satisfacción los pétalos de rosa del suelo.

Había sido la dama de honor de su hermana, y se había ocupado de todos los detalles de la boda, desde la fiesta de despedida de soltera hasta la elección del color de las mantelerías. Sin embargo, en aquel día lo importante no había sido la decoración de las mesas ni nada por el estilo, sino la familia y los amigos. La celebración había sido tan alegre que ella todavía sentía el eco de aquella alegría por dentro.

Sin embargo, en vez de haberse quedado exhausta después de un día tan emotivo y tan largo, estaba inquieta. Era raro volver al pueblo que una vez había sido su hogar, y ver a gente que la miraba y le decía: «Me acuerdo de cuando eras así de alta», o «¿Por qué no te ha atrapado ya algún chico?», como si tener veintiocho años y seguir soltera fuera un tabú en un pueblo como aquel.

Sonrió un poco, diciéndose que no sentía ni la más mínima impaciencia en cuanto a su vida personal. No, no estaba impaciente. Era difícil, en medio de la celebración de aquella boda, ignorar el hecho de que todo el mundo estaba emparejado.

Respiró profundamente y volvió a saborear el éxito del día. Los novios acababan de marcharse. Sus deberes como madrina de la novia habían terminado. Bajo las luces de colores, la banda de música estaba desmontando su escena-

rio, y los encargados del *catering* habían empezado a limpiar y a recoger las mesas. Los últimos invitados desaparecían entre las sombras de aquella noche perfecta de otoño, perfumada con olor a hojas secas y a manzanas maduras. Habían hecho una gran hoguera a la orilla del lago, pero el fuego ya se había apagado, y solo quedaban las brasas. Algunos de los invitados iban hacia el aparcamiento, mientras que otros, los que eran de fuera del pueblo, se dirigían hacia los preciosos *bungalows* de Camp Kioga, donde iban a alojarse. Con el paso de los años, Camp Kioga había dejado de ser un campamento familiar y se había convertido en un campamento de niños y luego en un lugar para celebrar eventos. Casi todos los invitados estaban, como Sonnet, un poco achispados.

La luna brillante se asomó por encima de las colinas oscuras que rodeaban el lago, y sus rayos iluminaron las aguas tranquilas y el césped de la pradera. Se oyeron unas risitas infantiles, y de repente, aparecieron tres niños que estaban persiguiéndose entre las mesas. Con tan poca luz, Sonnet no distinguía de quién eran aquellos niños, pero su alegría le animó el corazón. A ella siempre le habían encantado los niños. Sintió una punzada de anhelo en lo más profundo de su ser, pero sabía que era un anhelo que no iba a poder cumplir en mucho tiempo. Tal vez, nunca. Tenía muchos planes para el futuro, pero por el momento, aquellos planes no incluían el hecho de formar una familia con hijos.

En primer lugar, no tenía a nadie con quien formar aquella familia. Al contrario que Daisy, que había encontrado al amor de su vida, Sonnet no tenía ninguna pista de quién podría ser esa persona para ella, ese hombre que se convertiría en su mundo. No estaba muy segura de que existiera alguien así. En su existencia, no faltaba nada en absoluto; no necesitaba a nadie para completar el rompecabezas.

Greg Bellamy, el padrastro de Sonnet, se acercó por la pradera hacia los miembros de la banda de música y les dio una propina extra, sonriendo. Sonnet se acercó a él y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—Eh, ¿y dónde está la propina para la madrina de honor?

Greg se echó a reír. Estaba muy guapo, pero tenía cara de cansado. Se había desabotonado el cuello de la camisa y se había aflojado la pajarita.

—No te voy a dar una propina, sino un consejo: Tómate un par de aspirinas antes de acostarte. Contrarrestarán el efecto de los chupitos que te has tomado en la cena.

—¿Lo has visto? —preguntó ella con una sonrisa—. Ejem...

—No pasa nada. Te lo has ganado, hija. Has hecho un buen trabajo. Estabas guapísima, y el brindis que hiciste... fue hilarante. A todo el mundo le encantó. Eres una oradora nata.

—¿De veras? Vaya, gracias. Tú tampoco estás mal, para ser un malvado padrastro —dijo ella.

Sonnet adoraba al marido de su madre. Había sido su amigo y su mentor durante aquellos años. Sin embargo, no era su padre. El padre de Sonnet era el general Laurence Jeffries, aunque no había formado parte de su infancia. Se había labrado una carrera profesional en el Ejército, muy alejado de la belleza bucólica de Avalon. Sin embargo, cuando Sonnet se marchó a estudiar en la American University y después se graduó en Georgetown, Laurence y ella habían recuperado el contacto. Ella se había adentrado en el mundo de su padre, dedicado a la estrategia, la diplomacia y el servicio público, y se había empapado ávidamente de todos sus conocimientos y su maestría.

Era la primera en admitir que aquella adoración al héroe complicaba mucho la relación con su padre. Con Greg, todo era mucho menos difícil.

Nina se acercó a ellos con los zapatos de tacón colgando de una mano.

—¿Qué es eso de los chupitos que he oído? ¿Has bebido alcohol sin mí?

—Hazme caso —le dijo Greg—, los cócteles de champán han sido mucho mejores.

—Me fío de ti. Y has cumplido a la perfección con tu papel de padre de la novia. Has estado magnífico —respondió Nina con una sonrisa.

—He llorado de la emoción —dijo Greg, con cierta timidez.

—Todos hemos llorado de la emoción —le aseguró Sonnet—. Las bodas tienen ese efecto. Y la de Daisy, más, por todos los problemas que ha tenido.

—Hablando de problemas, tengo que asegurarme de que he saldado cuentas con todo el mundo —dijo Greg.

—Te acompaño —dijo Nina—. Puede que necesites apoyo al ver la cuenta definitiva.

Greg rodeó a su mujer con un brazo.

—En ese caso, ¿qué te parece si nos tomamos una última copa de champán juntos? Para hacer acopio de fuerzas.

—Buena idea —respondió Nina, y tomó un par de copas de una de las mesas—. ¿Vienes con nosotros a la orilla del lago? —le preguntó a Sonnet.

Sonnet encontró una botella medio vacía y se sirvió una copa.

—Creo que me voy a quedar por aquí... —murmuró, e hizo una pausa. Después de que todo hubiera terminado, la madrina de honor ya no tenía más deberes—. A beber sola.

—Ah, nena —dijo su madre, con una sonrisa—. Llegará tu momento, tal y como te he dicho antes de la boda. Nadie sabe cuándo, ni dónde, pero llegará.

—Bah, mamá —respondió Sonnet con una mueca—. No estoy quejándome de mi vida sentimental. Es lo último que me preocupa.

—Si tú lo dices... —dijo Nina, y le hizo un brindis con una de las copas.

—Sí, yo lo digo. Vamos, vete —le ordenó Sonnet, haciendo un gesto con la mano para que se alejaran—. Ve a tomar champán con tu marido. Nos vemos mañana por la mañana, ¿de acuerdo? Tengo pensado tomar el tren de mediodía para volver a la ciudad —explicó.

Después, vio a su madre y a su padrastro descender por la suave pendiente de la pradera hasta la orilla del agua. Sus siluetas oscuras se recortaron contra la luz de la luna.

Se detuvieron ante el lago y se abrazaron para observar su belleza. Sonnet suspiró de satisfacción por su madre. Sin embargo, al mismo tiempo, el verlos de aquel modo le encogió el corazón. Intentó imaginarse en el papel de novia. ¿La acompañaría su padre hasta el altar, llorando de la emoción? No era probable. El general Laurence Jeffries, que actualmente era candidato al Senado de los Estados Unidos, era más una figura decorativa que un padre verdadero.

Y, cuando se vio a sí misma caminando por el pasillo central de la iglesia, no pudo formar una imagen mental del hombre que estaba esperándola al final. No tenía intención de hacerse ilusiones esperándolo.

—Odio las bodas —dijo Zach, que se acercó a ella y dejó sobre la mesa una botella de cerveza Utica Club—. Y en especial, las bodas en las que tengo que comportarme bien.

Sonnet se había pasado casi todo el día mirando de reojo a Zach, intentando acostumbrarse a aquella nueva versión de su viejo amigo. No habían tenido ocasión de hablar durante la fiesta, pero en aquel momento, relajada después de bailar y de beber, Sonnet lo miró con los ojos entornados. No conseguía hacerse a la idea de que él había formado parte de su vida desde preescolar. Tal vez aquel fuera el único motivo por el que ella no se había quedado embobada al verlo pasar, como la mayoría de las mujeres. Sin em-

bargo, también era difícil habituarse a su aspecto único y llamativo. Tenía el pelo tan rubio que podía pasar por albino, y había adquirido el físico de un atleta griego, pero no se daba cuenta de cómo afectaba al sexo opuesto.

Sonnet alzó la barbilla con superioridad.

—¿Te refieres a que hay algún tipo de boda en el que no es necesario que te comportes como es debido? —le preguntó, y tomó una copa de champán de la mesa más cercana.

—Soy cámara de bodas. He visto más bodas que partidos de béisbol. Llevo cinco años sin tener una noche de sábado libre. ¿Y qué hago cuando, por fin, puedo librar? Ir a una boda.

—Es la boda de Daisy.

—Cualquier boda. Las odio todas.

Ella lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Cómo puedes odiar la boda de Daisy Bellamy?

Tan solo con oír aquellas palabras de su propia boca, se quedó asombrada. Era un milagro que Daisy se hubiera casado. El divorcio de sus padres había sido muy duro para ella, y cuando su padre, Greg, y la madre de Sonnet, Nina, empezaron su relación, las dos chicas habían decidido que el matrimonio era una institución peligrosa y restrictiva, y habían hecho un pacto para evitarlo a toda costa.

Daisy había comenzado una vida conyugal llena de felicidad, pero Sonnet pensaba mantener su parte del trato. Debido a su trabajo de directora de un departamento de la Unesco, estaba tan ocupada que no podía tener citas, y mucho menos enamorarse. Sin embargo, soñaba con ello. ¿Quién no? ¿Quién no quería sentir la clase de amor que había encontrado Daisy, o su propia madre con Greg Bellamy? O el amor que se profesaban los padres de Greg, Jane y Charles, que llevaban casados más de cincuenta años.

Claro que Sonnet quería todo aquello, el amor, la seguridad, el proyecto vital de formar una familia con su media